

## DEL MALESTAR A LA DEPENDENCIA

---

El Periódico. 30.06.2011

Todo comportamiento humano tiene su lógica. También adentrarse en un grupo que acabará privándonos de nuestra manera singular de ser y nuestra capacidad de decidir. Para encontrar explicaciones a por qué hay personas que se adentran en grupos sectarios que le ofrecen terapias vitales milagrosas debemos comenzar por pensar en nuestros malestares, nuestros desencajes con el mundo en el que vivimos. Hay sociedades que acumulan diversos grados de malestar. Todos, en diversa medida, nos sentimos mal en ellas. Venimos a decir: esto no son formas de vida. Hay momentos vitales de crisis, de derrumbe de las seguridades, de rupturas, de pérdidas. Nos decimos entonces: no puedo vivir así. Hay etapas de la vida en las que todo son inseguridades; por ejemplo en la adolescencia y la juventud. Pensamos y sentimos: ¿Quién soy yo y qué estoy haciendo con mi vida?

Esas situaciones están presididas por las dudas profundas, la incertidumbre permanente y las angustias. Padecemos y buscamos salidas. El “valium” se extendió a mitades del siglo pasado porque había nacido un gran mercado de la angustia. En nuestros días la respuesta dominante a los malestares es su conversión en patologías, su psiquiatrización biológica y la dispensación en aumento de psicofármacos. Justo antes de ponerme a escribir este texto estaba trabajando en la supervisión de un servicio para adolescentes duros, en conflicto con sus familias y las instituciones, y hemos discutido un dato curioso: el 60% de los chicos que acudían habían pasado antes por algún recurso de salud mental. La mayoría no tiene ninguna patología singular, pero se ha comenzado por enviarlos a recursos nada educativos, escasamente adolescentes.

A muchas personas que padecen intensamente esos malestares no les parece que esas respuestas sean una solución razonable y salen adelante con otras ayudas y apoyos. Otras, buscan lo que les parecen “terapias alternativas”, que ofrecen otras formas de entender la vida y sus dificultades, otras formas de cura. Ocultas entre lo alternativo aparecen las respuestas sectarias, de grupos que venden soluciones con otro atractivo. Un grupo sectario supone para estas personas cuatro aportaciones básicas. En primer lugar les facilitan explicaciones coherentes y simples a lo que les está pasando. Pueden encontrar sentido (causas, razones, explicaciones) a lo que viven. Después, facilitan compañía. Permiten padecer con otras personas que se compadecen. En tercer lugar, ponen a su alcance una red de apoyos. Ofrecen ayuda, personal, como sujetos que padecen, allí donde otros ofrecieron un tratamiento que comportaba dejar de ser personas y reconocerse como enfermos. Finalmente la secta parece ofrecer seguridad. Facilita un marco vital global en el que todo está previsto y en el que el malestar personal se diluye en propuestas colectivas. Ya no es necesario dudar y padecer. Además, dudar, pensar en salirse, es retornar al malestar. Estar bien significa siempre seguir en el grupo. Donde había malestar aparece una profunda dependencia que lo enmascarar todo.

Jaume Funes  
Picólogo